

Para verdades el tiempo y para justicias Dios.

TRADICIÓN

I

Juan Ruiz y Pedro Medina,
dos hidalgos sin blasón,
tan uno del otro son
cual de una zarza una espina.

Diz que Pedro salvó á Juan
la vida en lance sangriento;
prendas de tanto momento,
amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes
y mañeros en la lid,
y lo han probado en Madrid
en apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales
en valor y en osadía,
pero en fama de hidalguía
no son lo mismo cabales,

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
silencioso por demás,
que no alzó noble jamás
el gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,
ojo inquieto, torvas cejas,
ambas mejillas bermejas,
y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura
largo hierro toledano,
dale, brillando en su mano,
más villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz
en la ocasión, rara vez
carece su intrepidez
de son de temeridad.

Agil, astuto ó traidor,
hijo de ignorada cuna,
debe acaso á su fortuna
mucho más que á su valor.

Presentóse ha pocos años
de Indias advenedizo,
diz que con nombre postizo
cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
en festines y placeres,
aunque fué con las mujeres
más falso que caballero.

Hoy pasa, pobre y obscuro,
una existencia común,
y medra ó mengua según
los dados le dan seguro

Hombre de quien saben todos
que vive de mal vivir,
mas nadie sabrá decir
por cuáles ó de qué modos.

Modelos en amistad
ambos para el vulgo son,
mas con Pedro es la opinión
menos rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
y orgulloso en demasía,
mozo de más cortesía
y más bizarro talante.

De ojos negros y rasgados
con que á quien mira desdén,
nariz corta y aguileña,
con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona
colgando la cabellera,
y alto en gesto en tal manera,
que cuando cede perdona.

Mas si sombras de matón
tales maneras le dan,
tiénela más de galán
por su noble condición;

Que no hay en Madrid mujer
que un agravio recibiera,
que á su espada nó tuviera
satisfacción que deber;

Ni hay ronda ni magistrado
que en revuelta popular
no le haya visto tomar
ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
de quienes, por concluir,
fáltame sólo decir
que amaban á Catalina.

Es ella una moza obscura,
de talle y de rostro apuesta,
mas tan gentil como honesta,
y como agraciada pura.

Amala Ruiz, pero calla,
acaso porque su amor,
para mujer de su honor
palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla
al abrigo del embozo,
pero el ímpetu de mozo
ante su virtud se templá;

Que es tan dulce su mirar,
que su luz por no perder,
cuando se quiso atrever
sólo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento,
que para no interrumpirle,
tener es fuerza, al oírle,
con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado
sobre Flandes por Castilla,
y á los usos de la villa
de más tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,
tan cortés la enamoró,

que ella amor le prometió
como él fuere su marido.

«Eso sí, ¡por San Millán!»,
dijo Pedro con denuedo;
y la calle de Toledo
tomó en resuelto ademán.

II

Contento Pedro Medina
con su amorosa ventaja,
más á carreras que á pasos
iba cruzando la plaza.

Saltábale el corazón
á cada paso que daba,
y frotábase ambas manos
bajo la anchurosa capa.

Los labios le sonreían,
y los ojos le brillaban
al reflejo que en el pecho
despide la amante llama.

Las gentes le hacían sitio
porque cerca no pasara,
que según iba resuelto
que fuese audaz recelaban.

Mas él va tan divertida
en sus amores el alma,
que ni ve dónde tropieza,
ni cura de los que pasan.

Topó al volver una esquina
una vieja, y al dejarla
derribada en tierra dijo:
«Nos casaremos mañana.»

Enredósele el estoque
en el manto de una dama,
y rasgándole una terciá,
echóla un voto de á vara.

Así dando y recibiendo
encontrones y pisadas,
dió por fin con la hostería
donde su amigo jugaba.

Fué á la mesa, y preguntando
á Juan si pierde ó si gana,
pidió vino y añadióle:
«Cuando acabes, dos palabras.»

Recogió Juan sus monedas,
y terciándose la capa,
sentóse al lado de Pedro,
diciendo bajo:—¿Qué pasa?

III

Son, á mi pensar, los celos
delirio, pasión ó mal,
á cuyo influjo fatal
lloraran los mismos cielos.

A manos de tal pasión,
el más cuerdo desespera,
pues quien con celos espera,
atropella su razón.

Si con celos esperar
es importuna porfía,
ceder celoso en un día
cuanto se amó, no es amar.

De celos verse morir,
y en silencio padecer,
son celos tan de temer,
cuanto duros de sufrir.

Y así, con celos amar
vale casi aborrecer;
pero con celos ceder,
es igual que delirar.

Y si otro favorecido
goza el bien que se perdió,
se habrá el disfavor sentido,
mas perdido el amor no.

Porque en quien goza favor
sobra tal vez confianza,
y celos sin esperanza,
suelen guardar más amor.

Si favor nunca tuvimos,
aun es suerte más cruel,
porque vemos ahora en él
cuanto bien haber pudimos.

Y así, pienso que son celos
delirio, pasión ó mal,
á cuyo influjo fatal
lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz,
celoso y desesperado,
el bien que Pedro ha ganado,
más galán ó más feliz.

Por eso en la soledad
se mesa barba y cabellos,
sin mirar que no está en ellos
su amante fatalidad.

¡Oh! ¡Que no fueron antojos
sus amorosos desvelos,

—Me caso, dijo Medina.

Miróle Juan á la cara,
y frunciendo entrambas cejas,
tosió, sin responder nada.

—¿Qué piensas? preguntó Pedro.

—En ti y tu mujer pensaba,
contestó Juan suspirando,
con voz ronca y apagada.

—¿Supondrás que es Catalina?

—Y lo siento con el alma.

—¡Cómo!

—Porque tengo celos.

—¡Por San Millán!

—Yo la amaba.

—¿Y ella?

—Nunca se lo dije;

pero ocurrióseme....

—¡Acabal

—Para decirla mi amor
escribirla hoy una carta.

Callaron ambos: Medina
remedio al caso buscaba,
el codo sobre la mesa,
sobre la mano la barba.
Al fin, como quien resuelve
negocio que aflige y cansa,
pidió papel y tintero,

diciendo á Juan:—¡Por mi alma,
que en mi vida en tal apuro
vacilar tanto pensaba;
y á no serte tú quien eres,
metiéralo á cuchilladas;

pero escribe, y que responda
á cuál de nosotros mata!
Escribió Juan, mas rasgando
al mejor tiempo la carta,

—Echemos, dijo, los dados,
y al que la mayor le caiga,
si es á mí, la escribo al punto,
si es á ti, Pedro, te casas.

Tiró Juan y sacó nueve;
y asiendo el vaso con rabia,
tiró Pedro y sacó doce,
con que los dos se levantan.

Y atravesando la turba,
que curiosa los cercaba,
parten la calle en silencio
dándose entrambos la espalda.